

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

El 'renacimiento católico' en la Argentina del siglo XX. Usos y abusos de una consigna recurrente.

Lida, Miranda (CONICET / UTDT).

Cita:

Lida, Miranda (CONICET / UTDT). (2007). *El 'renacimiento católico' en la Argentina del siglo XX. Usos y abusos de una consigna recurrente. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/408>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI° JORNADAS INTERESCUELAS/ DEPARTAMENTOS DE HISTORIA
Tucumán, 19 al 22 de Septiembre de 2007

Título ponencia:

Mesa Temática Abierta 48 B: “RELIGIÓN Y SOCIEDAD EN LA ARGENTINA

CONTEMPORANEA”

Universidad: Universidad Torcuato Di Tella- Conicet
Autor/res-as: LIDA, Miranda (docente- investigadora de carrera)
Dirección: Sarmiento 4318, 7º 29 (1197), Capital Federal
Teléfono: 4864-3801
Mail: mlida@utdt.edu

Ponencia: **El “renacimiento católico” en la Argentina del siglo XX. Usos y abusos de una consigna recurrente (publicable en CD)**

Miranda Lida*

1. *Introducción*

En la década de 1930 se difundió hasta el hartazgo la idea del “renacimiento católico”. La Iglesia apeló a esta retórica para dar cuenta de las importantes transformaciones que atravesó en esos años; más tarde, la historiografía recogió esta misma idea y puso énfasis en que el catolicismo verificó hacia 1930 una cesura que supuso un salto cuantitativo y cualitativo en su evolución histórica. Se difundió así una interpretación historiográfica profundamente rupturista, tal como aparece esquematizada en el título del libro más célebre del historiador italiano Loris Zanatta: *Del Estado liberal a la nación católica* (Universidad Nacional de Quilmes, 1996). En pocas palabras, el autor interpreta que el catolicismo habría permanecido en un estado de “letargo” y adormecimiento desde 1880 aproximadamente, consecuencia directa de las “derrotas” sufridas por el catolicismo ante las leyes laicas¹. Y sugiere la idea de que durante la década de 1920 se habría producido un cambio drástico en el seno del catolicismo argentino, en abierto contraste con la etapa precedente: se preparó así el ingreso en el “renacimiento católico” de los 30. Esta fórmula —creemos— merece ser objeto de una discusión cuidadosa. ¿Qué tan débil era la Iglesia antes de los años treinta y qué tan fuerte fue después? ¿Con qué vara se miden los cambios en la historia del catolicismo? ¿Qué es lo que se expresa a través de la fórmula del “renacimiento católico”? La tesis rupturista ofrece la impresión general de que *todo* el catolicismo

* Conicet- UTDT. Contacto: mlida@utdt.edu. Agradezco los comentarios de Daniel Lvovich a una versión previa de esta ponencia que se encuentra publicada en www.historiapolitica.com.ar. Por razones de espacio he debido recortar esta ponencia.

¹ La tesis del “letargo” ha sido discutida en Miranda Lida, “Iglesia y sociedad porteñas. El proceso de parroquialización de la arquidiócesis de Buenos Aires, 1900-1928”, *Entrepasados*, 2005 (28).

argentino habría sido sometido a una profunda transformación, tanto cuantitativa como cualitativa. Creemos necesario poner a prueba las dimensiones reales de aquel cambio. La discontinuidad histórica, si es que la hubo, debe ser explicada en el contexto en el que ella se produjo. Sólo así podrá evaluarse el alcance real del cambio producido.

En otro lugar hemos sometido a discusión el carácter rupturista de esta tesis². En este sentido, hemos argüido por ejemplo que no fue el cardenal Copello el primero en elaborar un vasto programa para la multiplicación de las parroquias porteñas dado que había habido en 1900 un programa similar que ha sido por lo general olvidado en la historiografía; hemos puesto en duda la eficacia de la Acción Católica a la hora de disciplinar a los fieles en tanto que “milicia” favorita de la Iglesia. Hemos sugerido la hipótesis de que la envergadura del cambio fue sobredimensionada por la propia Iglesia, en su afán de mostrarse verdaderamente militante y victoriosa. No hay dudas de que la Iglesia proclamó a los cuatro vientos un discurso triunfalista que se hizo virulento y agresivo. Pero no podemos dejar de preguntarnos si es que entre el discurso y la realidad histórica no existía acaso una amplia brecha. Así, por ejemplo, en plena década de 1930, el arzobispo Copello tuvo que enterrar en el olvido el anhelo de ver construida una fastuosa catedral neogótica como la que se proyectó construir en Buenos Aires en el año 1932... ¡en plena Avenida Alvear!³ De tan fastuoso que era este proyecto, la curia jamás logró reunir los fondos necesarios. Y quedó olvidado en plena década de 1930, cuando parecía que el “renacimiento católico” se hallaba a la vuelta de la esquina. Copello debió conformarse con la poco esplendorosa catedral neoclásica de Buenos Aires y el sueño de grandeza quedó archivado. A falta de una grandiosa catedral, se conformó con un Congreso Eucarístico Internacional celebrado a lo grande en 1934.

Con todas sus limitaciones, la idea del “renacimiento católico” propia de los años 30 renació en los 70 pero esto no fue más que un remedo de la época “dorada” de Copello. Como dijera Marx en *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, los grandes hechos de la historia se suceden dos veces, la primera vez como tragedia y la segunda como farsa. En efecto, el “renacimiento católico” de la década de 1970 no fue más que una caricatura. Se inició, no casualmente, con el Congreso Eucarístico celebrado en Salta en

² Miranda Lida, “El catolicismo de masas en la década de 1930 en la Argentina. Una revisión historiográfica”, *XI Jornadas Interescuelas/ Departamentos de Historia*, Tucumán, 2007, mesa 73; también, “Catolicismo y peronismo: debates, problemas, preguntas”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n. 27 (1995), pp. 139-148.

³ Sobre este proyecto, véase “Se costeará una nueva catedral en la Avenida Alvear”, *El Pueblo*, 3 de enero de 1932, p. 1; “Efemérides eclesiásticas (2 de enero de 1932)”, *Revista eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1932.

1974, en conmemoración del 40 aniversario de aquel célebre congreso al que asistiera el cardenal Pacelli. Las masas católicas salieron a la palestra una vez más. Para explicar este fenómeno es necesario que comencemos por hacer un breve repaso del catolicismo argentino luego de 1955.

2. *La Iglesia Católica, el desarrollismo y después*

Las masas católicas de la década del treinta se dispersaron a partir de los años cuarenta bajo los efectos apabullantes del peronismo; la época dorada de los grandes congresos eucarísticos quedó atrás⁴. No obstante, ello no trajo consigo un período de retracción en el catolicismo; éste supo encontrar nuevos lenguajes con los cuales atraer a sus fieles. No fue necesario aguardar a la celebración del Concilio Vaticano II para que en la Iglesia comenzaran a desplegarse vientos de cambio⁵. Nos detendremos a continuación a señalar cuáles han sido las principales transformaciones que sufrió la Iglesia, en su relación con la sociedad, en los años que transcurrieron entre la caída de Perón y la celebración del Concilio.

Comenzó por poner al día sus estructuras institucionales. Entre 1957 y 1963, se establecieron en la Argentina 26 nuevas diócesis y se crearon nuevos arzobispados. Luego de la caída de Perón los criterios para la creación de las nuevas jurisdicciones eclesiásticas se adaptaron a las transformaciones sociales y demográficas del momento. En primer lugar, se atendió al crecimiento demográfico del Gran Buenos Aires; fue a fines de la década del cincuenta que surgieron las diócesis de San Isidro, Morón, Lomas de Zamora, Avellaneda y San Martín. Concentraron gran cantidad de recursos económicos y humanos; contenían un importante número de clero y de parroquias. Fueron, de hecho, las diócesis más dinámicas del período. El número de parroquias del conurbano creció a grandes pasos en muy poco tiempo. Por ejemplo, en 1957 la diócesis de Morón contaba con 30 parroquias; en dos años esta cifra había trepado ya a 45⁶.

En segundo lugar, en clara coincidencia con los años de apogeo del desarrollismo, tuvo lugar la creación de importante número de diócesis en las zonas del país más

⁴ Las obras de Lila Caimari, Susana Bianchi y Loris Zanatta son cita obligada. Para una revisión historiográfica sobre este tema puntual, véase Miranda Lida, "Catolicismo y peronismo: debates, problemas, preguntas", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, N.27 (2005), pp. 139-148.

⁵ No repasaremos aquí la significación del Concilio Vaticano II. Ella fue estudiada en abundante bibliografía: Claudia Touris, "Ideas, prácticas y disputas en una Iglesia renovada", *Todo es historia*, 401 (2000), pp. 44-52; Roberto Di Stefano y Loris Zanatta, *Historia de la Iglesia argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX* (Buenos Aires, 2000).

⁶ Los datos fueron extraídos del *Boletín de la Agencia Informativa Católica Argentina (AICA)*, 8 de marzo de 1957 y 5 de junio de 1959.

“subdesarrolladas”. La Iglesia acusó el impacto del discurso desarrollista y promovió la creación de diócesis en las regiones más rezagadas del país, de tal modo que no pudiera acusársela de desatender a los pobres. Fue así que nacieron las diócesis de Reconquista, Formosa, Añatuya, Goya, Concepción o Presidencia Roque Sáenz Peña. Tanto los obispados del Gran Buenos Aires como los de las regiones más marginales contribuyeron sustancialmente a modificar la imagen de la Iglesia. No sólo las capitales provinciales, sede tradicional del poder a nivel local, contaban con sus respectivos obispos; también lo hicieron los distritos industriales del Gran Buenos Aires o las regiones y provincias más marginales del interior. Finalmente, la nación entera — incluso sus regiones más “atrasadas”— era católica.

Claro que existían desigualdades entre las nuevas diócesis y aquellas de más larga data. Las nuevas carecían con frecuencia de clero, a veces insuficiente para atender el creciente número de parroquias. Un modo de sobrellevar este problema —aunque no el único— fue gracias a las órdenes religiosas. Ninguna de las más recientes diócesis habría podido funcionar sin ellas. A nivel nacional todavía a mediados del siglo XX era mayor el número de religiosos que el de sacerdotes seculares. Muchas de ellas se habían instalado a fines del siglo XIX o comienzos del siglo XX a la luz de la inmigración y habían fundado sus casas religiosas en las principales ciudades del país. Las más afortunadas habían logrado ocupar posiciones importantes en Buenos Aires; otras, en cambio, debieron conformarse con establecerse en alguna modesta ciudad de provincia. Pero a mediados del siglo XX la presencia de las órdenes religiosas adquirió nuevos ribetes. Las congregaciones se apartaron progresivamente de las luces de la gran ciudad y se volcaron a misionar con frecuencia en los lugares más recónditos del país. Incluso en algunos casos terminaron a la larga por resignar sus dependencias en las grandes ciudades.

El protagonismo de las órdenes religiosas se tradujo en la multiplicación de las así llamadas Grandes Misiones que se organizaron con frecuencia desde fines de los años cincuenta. A diferencia de los Congresos Eucarísticos de las décadas precedentes que solían ser celebrados en espacios céntricos ubicados en el corazón de las grandes ciudades, las así llamadas Grandes Misiones escogieron su escenario en los rincones más apartados, incluidos los barrios marginales y las zonas suburbanas. (También en este aspecto fue decisiva la influencia del clima de ideas que había traído consigo el desarrollismo.) La más célebre fue la Gran Misión de Buenos Aires, celebrada en 1960 en las diócesis del conurbano bonaerense; esta misión funcionó simultáneamente en 285

parroquias, gracias a la participación de religiosos en varios centros misioneros establecidos a nivel parroquial. En los años del desarrollismo, pues, la Iglesia se encontró en pleno dinamismo; pretendía acompañar las transformaciones de una sociedad que parecía —o quería— modernizarse a ritmo acelerado.

La misión era una experiencia enriquecedora para el misionero, dado que le permitía “volver a las raíces”, ponerse en contacto con un mundo social y cultural no contaminado por las luces de la gran ciudad; tenía la virtud de apartar al misionero de la cultura burguesa, materialista y superficial de la ciudad —fue así como esto comenzó a ser percibido—. Fue central para la expresión de una sensibilidad antiburguesa que habrá de darle el tono al catolicismo de los años sesenta. No fue propia y exclusiva de los católicos, pero fue gracias a ella que el catolicismo logrará recuperar su dinamismo. Esta sensibilidad se presentaba entre los jóvenes que provenían de familias “burguesas” y rechazaban las convenciones de sus mayores. Se expresaba en un visceral rechazo por todo aquello que pareciera burgués: se prefería lo rural a lo urbano; lo artesanal a lo producido en serie; la cooperativa en lugar de la propiedad privada; la música folklórica o étnica a la música occidental; el *compromiso* de visitar los pueblos y compartir experiencias con los habitantes de tierra adentro, en lugar de la indiferencia del burgués que echa una mirada fugaz sentado cómodamente en su vehículo...

No es de extrañar que hacia 1960 nos encontremos con una frecuente celebración de peñas folklóricas en las parroquias de Buenos Aires, fenómeno que se hará cada vez más recurrente. En la parroquia Resurrección del Señor, cerca de Chacarita, el párroco Leonardo Moledo no sólo organizó peñas con el objeto de atraer a los jóvenes; las reuniones sirvieron además de estímulo para que estos mismos jóvenes se lanzaran a trabajar en tareas de asistencia social en hospitales y centros comunitarios del barrio⁷. Así fue cobrando cuerpo aquella sensibilidad antiburguesa. Otro fenómeno que vale la pena destacar es la celebración de concursos de música donde se introducían ritmos populares y folklóricos, aún cuando el motivo del concurso era en última instancia de tipo religioso. Fue así que la Acción Católica inauguró en la década de 1960 sus típicos concursos de la canción navideña, en los que participarían distintos géneros musicales, entre ellos, el folklore. La célebre *Misa Criolla* fue el fruto más maduro de esta nueva sensibilidad, pero no fue el único; fueron muchas las experiencias de grabaciones de discos de música religiosa que recurrían a ritmos folklóricos y populares. La industria

⁷ *Boletín AICA*, 17 de noviembre de 1956.

discográfica —en auge gracias a distintos avances tecnológicos— permitía el desarrollo de experiencias como éstas⁸.

Otra manera en la cual se manifestó aquella sensibilidad fue en las nuevas formas de misionar que se desarrollaron desde fines de la década de 1950. Los jóvenes, una vez más, tuvieron aquí un papel protagónico. Hacia 1960 ya estaba madurando la forma de misión que más éxito tendría en la década siguiente: el campamento misional de verano. Fue hacia 1965 cuando Graciela Daleo —más tarde, militante de la organización revolucionaria Montoneros— se habría sumado a este tipo de experiencia que ya llevaba por entonces cerca de una década de desarrollo⁹. Se organizaban grupos de jóvenes que, acompañados de al menos un sacerdote, se dirigían a pueblos remotos, ubicados por lo general en las diócesis más pobres y por ende más recientes. La rama juvenil de la Acción Católica jugó un papel importante en esta tarea, pero no fue la única. En 1959, en Tucumán, 300 jóvenes participaban en el verano en este tipo de experiencia; recorrieron además pueblos de Salta y de Jujuy¹⁰. Los jóvenes llevaban consigo medicamentos, ropas y alimentos no perecederos; iban acompañados por médicos —o al menos estudiantes de medicina— que aplicaban inyecciones y daban consejos útiles a las madres. También cumplirían tareas de alfabetización y, claro está, catequesis.

A medida que estas experiencias se revelaron exitosas, las misiones comenzaron a prepararse con mayor cuidado. Se desarrollaron encuentros de misioneros y se formaron asociaciones destinadas a coordinar sus actividades en todo el país. En 1960, se organizó un primer encuentro de este tipo, que el boletín oficial católico (AICA) reputó de exitoso. Los esfuerzos quedaron pronto coordinados por la AMA (Acción Misionera Argentina), entidad fundada por el obispo de Avellaneda Emilio Di Pasquo. AMA fue la principal entidad que se encargó de las misiones rurales destinadas a los distritos más marginales: en el verano de 1962 enviaría 18 equipos con más de quinientos misioneros a Formosa, San Luis y Chaco, entre los que se contaban jóvenes, sacerdotes y profesionales (entre ellos, asistentes sociales y médicos). Algo parecido hicieron también los jesuitas en la Patagonia: a través de Misiones Rurales Argentinas, organizaron misiones que reunían a jóvenes, buena parte de ellos estudiantes de

⁸ El *Boletín AICA*, publicación católica oficial, registra semana a semana estas experiencias: los nuevos discos que conocen la luz, los concursos de música y de canción religiosa. En este clima nació en 1956 la primera editora de discos religiosos (PREDIR), de corta vida.

⁹ Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1973* (Buenos Aires, 1997), vol. 1, pp. 24-25.

¹⁰ *Boletín AICA*, 6 de febrero de 1959. En 1960, en San Luis se organizaron ocho equipos misionales con dos sacerdotes. Véase *Boletín AICA*, 5 de febrero de 1960.

medicina. En Formosa, a su vez, se constituyó el equipo misionero “Paz y bien”, integrado por un sacerdote y un grupo de jóvenes¹¹. Los participantes recibían una escueta instrucción en breves “cursillos” que cada diócesis se encargaba de organizar con antelación. Fueron muchos los grupos religiosos y las congregaciones que se volcaron a atraer a los jóvenes en los campamentos de verano. Cuando en 1963 el semanario *Primera Plana* llamó la atención sobre este fenómeno, se detuvo a considerar la obra de la AMAD (Asociación de Misiones para el Desarrollo, constituida en la diócesis de Avellaneda). La presentó como si se tratara de un caso excepcional, en el que se reunían sacerdotes y sociólogos —entre estos últimos, José Luis de Imaz, José Miguens y Floreal Forni— comprometidos en cuerpo y alma en la lucha contra el subdesarrollo¹². Pero en verdad este tipo de experiencias no tenía nada de excepcional ya por entonces.

La misión, que agilizó los contactos entre el interior y los jóvenes de ciudades grandes o medianas, coincidió con un momento de gran aceleración en el *tempo* del mundo rural. Se desarrollaban nuevas asociaciones rurales; los jóvenes que habían nacido en el campo se preocupaban por participar en ellas, dado que les servía de escalón para establecer contactos con otros escenarios más vastos. Asistían a reuniones, cursillos y asociaciones. La experiencia de Mario Roberto Santucho, hijo de una militante de la Acción Católica que hizo sus primeras armas en una peña americanista de Santiago del Estero a fines de la década de 1950, cobra sentido dentro de este contexto más amplio¹³. Se constituyeron asociaciones con el propósito de fomentar el desarrollo industrial en el campo que surgieron bajo la protección de los obispos; se formaron también asociaciones de intereses que procuraban proteger a los consumidores¹⁴. Las célebres Ligas Agrarias que impulsara el obispo de Goya Alberto Devoto luego de 1961 no fueron ninguna excepción. Desde los tempranos años de la década de 1960, el Movimiento Rural de la Acción Católica fue también por su parte

¹¹ Sobre la AMA, véase *Boletín AICA*, 26 de enero de 1962. Sobre la experiencia de los jesuitas, *Boletín AICA*, 16 de febrero de 1962. Sobre el caso de Formosa, *Boletín AICA*, 28 de diciembre de 1962.

¹² “Sacerdotes, sociólogos y médicos en lucha contra el subdesarrollo”, *Primera Plana*, 14 de mayo de 1963, p. 30. La confluencia de la sociología y el cristianismo se inscribe en un clima de gran apertura intelectual, como el que se desarrolló luego de la posguerra. Al respecto, José Zanca, *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad 1955-1966*, (Buenos Aires, 2006).

¹³ Julio Santucho, *Los últimos guevaristas. Surgimiento y eclipse del Ejército Revolucionario del Pueblo* (Buenos Aires, 1988), p. 110.

¹⁴ Un ejemplo en este sentido es la Asociación Pro Desarrollo Agrario Industrial Juan XXIII, de Itatí, respaldada por el arzobispo de Corrientes. Al respecto, *Boletín AICA*, 25 de agosto de 1961. El obispo Quarracino de Nueve de Julio organizó por su parte una tarea de capacitación rural para jóvenes, *Boletín AICA*, 9 de julio de 1963.

capaz de mostrar un dinamismo excepcional, en comparación con otras ramas de esta misma asociación. De hecho, *Primera Plana* anunciaba en 1963 que una de las áreas donde la Acción Católica verificaba un innegable dinamismo era precisamente en la promoción rural¹⁵. El mundo rural se hallaba en plena efervescencia asociativa. Para los jóvenes, esas asociaciones eran una ventana al mundo; en cambio, para aquellos que provenían de ámbitos urbanos, constituían la oportunidad de evadir las convenciones burguesas y entrar en contacto con lo “auténticamente popular”.

De todas formas no era necesario emprender la larga aventura de ir a misionar hasta los más alejados pueblitos del interior para experimentar algo de aquella sensibilidad antiburguesa a la que referimos. También la gran ciudad ofrecía la posibilidad de entrar en contacto con ella. La presencia de la Iglesia en las villas miseria del conurbano bonaerense desde fines de los años cincuenta cobró enorme interés para los jóvenes. Graciela Daleo, de hecho, bastante antes de sumarse a los campamentos de verano de los que hablábamos más arriba, se había puesto en contacto con grupos de jóvenes católicos que iban a trabajar como voluntarios a las villas miseria del conurbano. Las nuevas diócesis establecidas en el Gran Buenos Aires fueron el escenario favorito de este tipo de experiencias. Estaban en el corazón de cada una de ellas. Los obispos de estas jóvenes jurisdicciones se encontraron ante un terreno prácticamente virgen y debieron enfrentar la realidad de las villas miseria. El tema los movilizó. Así, el caso de Carlos Mugica no tuvo nada de excepcional. Hubo ocasiones en las que varios obispos se acercaron en persona a una villa miseria cuando alguna de ellas caía víctima de un incendio. Cuando una villa de emergencia se incendiaba, el impacto en la prensa solía ser casi inmediato; la publicidad obtenida resultaba por lo demás útil para conseguir con celeridad los recursos necesarios para su reconstrucción por medio de colectas y donaciones. Bernardo Verbitsky describió este fenómeno con claridad en *Villa Miseria también es América* (1957). En ocasión de estos incendios era frecuente encontrar al sacerdote junto a los periodistas, e incluso a veces al obispo que no perdería la oportunidad de hacer pública su sensibilidad social por los más desamparados. Monseñor Lafitte fue uno de los tantos prelados que se preocupó por hacerse presente en ocasiones como éstas, haciendo notar su solidaridad con los damnificados¹⁶.

¹⁵ “Acción Católica Argentina: apostolado, política y sociología”, *Primera Plana*, 5 de marzo de 1963.

¹⁶ Monseñor Lafitte visitó el barrio de emergencia que se incendió en Saavedra en 1957; por su parte Monseñor Schell, obispo coadjutor de la diócesis de Avellaneda, hizo lo propio en un incendio en Villa Cartón, de Isla Maciel en 1958. Los datos han sido extraídos del *Boletín AICA*, 11 de enero de 1957 y 13 de junio de 1958.

En suma, desde fines de la década de 1950 la Iglesia se hizo eco de la sensibilidad antiburguesa cultivada por los jóvenes y puso a su disposición toda una gama de actividades, tanto en los centros urbanos como en los más alejados pueblos del interior, que lograron movilizarlos. La organización de campamentos misionales, el recurso a la música popular y el trabajo en las villas miseria constituyeron sin duda las principales novedades. Todas estas transformaciones en las relaciones que la Iglesia tejía con la sociedad, que precedieron incluso al Concilio Vaticano II, prepararon el terreno que hizo posible la aparición, a fines de los sesenta, de un catolicismo revolucionario.

En la década de 1960 el catolicismo vivió una enorme efervescencia, como se sabe. Surgió a la luz un catolicismo complejo, nada monolítico donde convivían distintos discursos y formas diversas de ejercer el apostolado: desde la multiplicación de las peñas folklóricas celebradas en las parroquias que vinieron a sustituir por momentos a la tradicional liturgia de la Iglesia hasta la experiencia cada vez más difundida de los campamentos misionales en los pueblos más recónditos del país de enorme atracción entre los jóvenes. A ello le sucedió luego el desarrollo de movimientos católicos radicalizados: el más célebre fue, claro está, el Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo (MSTM). El catolicismo de la década de los sesenta se hallaba lejos de mostrarse como un mundo monolítico. Ni siquiera las jerarquías eclesásticas se dejaban ver bajo una faceta homogénea; los obispos se mostraban fuertemente divididos por diferentes tendencias que cualquiera podía percibir con nitidez y hacían declaraciones públicas donde procuraban demostrar que poseían un perfil propio: no era lo mismo el obispo Ítalo Di Stefano que Alberto Devoto o Juan Carlos Aramburu.

Esa falta de homogeneidad no era sólo de carácter discursivo ni se agotaba en el evidente contraste que existía entre las páginas de *Verbo* (o el caso de la revista *Cruzada*, que hablaba en un tono similar) y las de la revista de García Elorrio. Se verificaba además en toda una serie de prácticas: ya sea en la formación de una vasta diversidad de movimientos y asociaciones dentro de una misma parroquia o diócesis que se disponían a librar batallas entre ellas, o bien frente a las autoridades eclesásticas. En efecto, los conflictos se sucedieron en infinidad de parroquias; clero y laicado se mostraron atravesados por sus contradicciones internas y cada una de los bandos en lucha llevaba al extremo su posición, exacerbando el debate y agudizando al menos en apariencia las líneas de confrontación¹⁷. Hubo catedrales que fueron tomadas por

¹⁷ Una apretada crónica de los conflictos puede leerse en Alejandro Mayol, Norberto Habegger y Arturo G. Armada, *Los católicos posconciliares en la Argentina, 1963-1969*, Buenos Aires, Galerna, 1970.

movimientos de laicos como signo de protesta, así como se hicieron frecuentes las “puebladas” en diferentes lugares del país luego de 1969. La autoridad eclesiástica a veces debió negociar con estos movimientos; otras, en cambio, se vio obligada a tomar medidas drásticas para remover a los “rebeldes”, forjándose así una fama de conservadora o “preconciliar”. En este contexto la organización de un Congreso Eucarístico al estilo de los de la década de 1930 se habría convertido verdaderamente en un sinsentido.

El catolicismo no sólo estaba dividido en facciones que se hallaban eventualmente en extremos opuestos, como es el caso de los así llamados “preconciliares” y “posconciliares”, que la prensa de la época solía calificar de “derecha” o de “izquierda” respectivamente. Aún en el seno de los así llamados “posconciliares” es difícil encontrar de todos modos homogeneidad, dado que esta tendencia estaba representada por una amplia gama de grupos, publicaciones y movimientos. Si bien todos ellos hablaban el mismo lenguaje, se diferenciaban sin embargo por las consignas que los identificaban. El MSTM, sin duda el movimiento sacerdotal más célebre de fines de la década de 1960¹⁸, debió convivir, por ejemplo, con el MICAR (Movimiento de la Iglesia y Cambio en la Argentina), otro grupo de sacerdotes posconciliares que le hacía la competencia, al que estuvo vinculado Antonio Quarracino. El MICAR, fundado en 1970, hablaba tanto como el primero el lenguaje de la “liberación” pero corrió con peor suerte —carecía de un nombre atractivo, entre otras falencias—. Existían otros grupos que no llegaron a darse un nombre o una sigla que los identificara a los ojos de los demás, como por ejemplo el conclave que se desarrolló en Chapadmalal en 1967, que reunió a cerca de setenta sacerdotes preocupados por inducir a las estructuras eclesiásticas hacia algún tipo de cambio¹⁹. También en este mismo sentido pueden mencionarse todas aquellas declaraciones, solicitadas y manifiestos que emitían públicamente diversos grupos de sacerdotes que se formaban *ad hoc*, a veces sin llegar a darse siquiera un mote que los identificara²⁰. A su vez, la revista *Cristianismo y Revolución* debió “competir” con la revista *Tierra Nueva*, también “posconciliar”, editada a partir de 1966 por un grupo de sacerdotes en el que descollaba la popular

¹⁸ Su importancia ha sido destacada en abundante bibliografía. Entre lo más reciente, Claudia Touris, “Neointegralismo, denuncia profética y revolución en la trayectoria del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, 9 (2005), pp. 229-239.

¹⁹ Al respecto, véase “Sacerdotes y también hombres”, *Primera Plana*, 16 de mayo de 1967, pp. 50-51.

²⁰ Así por ejemplo el manifiesto de los “33 teólogos” de Jujuy que se ensañaron con la autoridad eclesiástica (*Boletín AICA*, 21 de septiembre de 1972) o la declaración de un grupo de sacerdotes de San Nicolás que objetaba el lujo con el que SOMISA se proponía construir un templo (*Boletín AICA*, 16 de septiembre de 1971).

figura de Alejandro Mayol, sacerdote a la vez que cantante de cumbia, de fugaz fama en los años sesenta gracias a su canción titulada “La religión es el opio del pueblo” que se difundió mucho en televisión²¹.

El catolicismo posconciliar era uno y múltiple; si bien todos sus grupos o grupúsculos parecían hablar un mismo lenguaje en el que reclamaban un “cambio de estructuras”, eso no bastaría para darle homogeneidad. Eran muchos los sacerdotes y las publicaciones que hablaban el lenguaje de la liberación y sometían a discusión las supuestamente anquilosadas estructuras de la Iglesia. Algunos lo hacían incluso en tono festivo, como Alejandro Mayol. Así como podía encontrarse por fuera del universo católico una vasta gama de organizaciones revolucionarias que hablaban diferentes lenguajes de izquierda, cada una con su propia sigla, bandera y tradición ideológica, existía también en el seno del catolicismo un conjunto de asociaciones que, aún cuando compartían el mismo carácter “posconciliar” y luchaban en nombre de la liberación y el “cambio de estructuras”, conservaban una identidad propia que las diferenciaba de sus pares. El catolicismo solía mostrarse fuertemente dividido en cada una de estas tendencias y grupúsculos: curas obreros y sacerdotes preconciliares, obispos progresistas, moderados o conservadores, y por detrás de ellos la sombra de Camilo Torres que sugería la idea del sacerdote guerrillero, etc.

A partir de 1973, sin embargo, el catolicismo comenzó a dar muestras de intentar recuperar una imagen tanto más homogénea. Por entonces el anunciado retorno de Perón se tornaba cada vez más cercano y la sola mención de su nombre bastaba para aglomerar voluntades provenientes de tradiciones políticas distintas e incluso a veces del todo contradictorias. Las multitudinarias manifestaciones y movilizaciones de ese año, desde aquel primero de mayo en que Cámpora asumiera el gobierno hasta el 12 de octubre en que finalmente lo hiciera el propio Perón, excedieron el marco de cada una de las organizaciones partidarias, sindicales o revolucionarias tan en boga por entonces; éstas se sintieron por completo desbordadas. La gente estaba ahí colmando toda expectativa. Esa capacidad de aglomerar intereses y facciones diversas que demostró la figura de Perón en 1973 —una vez más— fue sumamente inspiradora para el catolicismo. Fue una oportunidad para que la Iglesia pensara en proclamar nuevamente el advenimiento de un “renacimiento católico”.

²¹ “A Dios rogando y con la guitarra cumbiando”, *Confirmado*, 18 de junio de 1965, p. 40.

3. *Las masas católicas de los años de la dictadura*

1974 fue un año de movilización para las masas católicas. Diversos congresos eucarísticos diocesanos se celebraron a lo largo del país; cuanto más recientes fueran las diócesis, más entusiasmo parecía despertar la movilización católica de masas. En Añatuya, por ejemplo, el congreso diocesano reunía en septiembre multitudes “sin precedentes” —se dijo—, con el objeto de preparar el clima de movilización con vistas al congreso nacional a celebrarse en Salta en octubre²². Asimismo, 1974 fue un año de intensa peregrinación. Se construyeron nuevos santuarios en distintas regiones del país y se revitalizaron los ya existentes a fin de que se convirtieran en poderosos centros de atracción. Entre los santuarios más nuevos, se cuenta el de la Virgen de Río Blanco en Jujuy, el de la Virgen de Lourdes en Mendoza o el santuario mariano que se construyó en Río Negro; entre los más tradicionales, tanto el de la Virgen del Valle en Catamarca como el de Itatí en Corrientes se convirtieron en centros a los que confluyeron crecientes y nutridas peregrinaciones. La peregrinación a Itatí, orquestada todos los años por el obispo de Goya, Alberto Devoto, comenzó a reunir importantes multitudes provenientes de distintas diócesis del noreste. Otra novedad de este año 1974 fue la organización en Mar del Plata de la así llamada “Marcha de la Esperanza” que fue impulsada por el entonces obispo Eduardo Pironio y que en los años de la dictadura llegaría a reunir multitudes importantes, que podían alcanzar las 20000 personas; esta marcha, que era organizada por el Movimiento Juvenil Diocesano, se repitió sucesivamente todos los años en los primeros días de diciembre con éxito creciente de asistencia de público. En Rosario, por otra parte, los jóvenes preparaban anualmente una peregrinación que en sus mejores épocas logró reunir hasta 60000 personas²³. 1974 fue además el año del despegue en lo que respecta a las peregrinaciones a Luján: se dijo que 200000 personas habían asistido a la peregrinación a pie organizada en ese año; si bien es probable que la cifra exagere, de todas formas es evidente el contraste con lo que ocurría a mediados de la década del sesenta, cuando esta peregrinación no reunía cifras de tamaño envergadura²⁴. A partir de 1975 la peregrinación a Luján fue organizada por la Pastoral Juvenil de la arquidiócesis de Buenos Aires, que se encargó de sacar a la calle grupos de jóvenes que distribuían volantes de propaganda en colegios y facultades,

²² Sobre ambos congresos puede verse el *Boletín AICA*, 12 de septiembre y 10 de octubre de 1974.

²³ Una breve reseña histórica de la movilización de Mar del Plata puede leerse en *Boletín AICA*, 7 de diciembre de 1978; sobre la movilización de Rosario, véase por ejemplo el *Boletín AICA*, 26 de abril de 1979 y 22 de mayo de 1980.

²⁴ *Boletín AICA*, 12 de septiembre de 1974.

así como también en algunas esquinas clave del centro de la ciudad. En una ciudad que había visto decaer súbitamente las actividades políticas, el catolicismo se mostraba capaz de sacar gente a la calle y hacía volanteadas en nombre de la Virgen. Se las preparó minuciosamente y se previó incluso que junto a los peregrinos hubiera algún servicio médico de urgencia y suficiente provisión de agua. La peregrinación a Luján de octubre de 1976 sacó a la calle multitudes que llamaron incluso la atención de los grandes diarios porteños: *Clarín* destacó el hecho en primera plana²⁵.

Los jóvenes fueron los más activos en estas movilizaciones. Conscientes de ello, las autoridades eclesiásticas se esforzaron por darles un lugar destacado en la pastoral. Los encuentros diocesanos de juventud (o las semanas de pastoral juvenil) se celebraron periódicamente todos los años, en especial en el mes de septiembre, en coincidencia con el día del estudiante en diferentes diócesis del país, desde la de San Martín en el Gran Buenos Aires hasta Viedma. Se organizaron “concilios de jóvenes” y se intensificó también la formación de dirigentes juveniles en el seno de la Acción Católica que comenzó a hacer más frecuente la celebración de sus asambleas federales; asimismo se multiplicó también la difusión de toda una vasta gama de actividades recreativas que tenía por destinatarios a los jóvenes: conciertos de música popular, concursos literarios, musicales, de manchas, exhibiciones de cine y de teatro, etc. Había festivales de música organizados por diversas asociaciones que convocaban a los jóvenes; el más famoso fue el que comenzó sistemáticamente a preparar en 1970 la Acción Católica con motivo de la Navidad, donde podían competir distintos grupos musicales y solistas; aquellos competidores que provenían del interior del país tenían la ocasión de viajar a Buenos Aires y cantar en un teatro céntrico. Hubo además otros festivales al aire libre, con asistencia gratuita o bien a cambio de un alimento no perecedero; a veces los festivales se celebraban en la explanada de la catedral de provincia o bien en un estadio cerrado²⁶. Las peregrinaciones a los santuarios más importantes del interior solían también tenerlos como protagonistas. La peregrinación, que a veces se hacía mitad a pie, en tren o en autobús, podía durar dos o tres días durante los cuales los jóvenes pernoctaban al aire libre y entonaban cánticos con los cuales superar el frío.

Semanas de la juventud, olimpiadas, encuentros, festivales y procesiones se repitieron a lo largo del país. El acercamiento de los jóvenes a la Iglesia en los años de la dictadura

²⁵ *Clarín*, 3 de octubre de 1976.

²⁶ Por ejemplo, en este sentido el festival musical “Genfest” organizado por el Movimiento de los Focolares en agosto de 1978 o bien el festival por la paz organizado por la juventud católica de Mar del Plata en febrero de 1978. Al respecto, véase *Boletín AICA*, 9 de febrero y 24 de agosto de 1978.

quedó además plasmado en un crecimiento del número de seminaristas; las nuevas diócesis que habían sido fundadas desde la caída de Perón en 1955 contribuyeron a multiplicar la cantidad de seminarios que existían a lo largo del país pero fue recién en los años de la dictadura que estos nuevos seminarios —y también otros más viejos— comenzaron a poblarse cada vez más de jóvenes²⁷. La juventud católica estaba en movimiento. Para los más militantes, el seminario, la Acción Católica y los grupos diocesanos de pastoral juvenil fueron los centros en los que se congregaron y se movilizaron. Para los no tan militantes, había convocatorias de masas que los atraían: festivales de música y peregrinaciones, todos ellos de carácter multitudinario. A algunas de estas peregrinaciones solían incluso sumarse los adultos que, si bien no hacían todo el trayecto a pie, acompañaban algunos tramos de la marcha.

En los años de la dictadura, las marchas, peregrinaciones y festivales solían tener una peculiaridad: muchas de estas actividades se desplegaban en horario nocturno. El estado de sitio no impidió que catedrales y templos se convirtieran en centro de reunión nocturna para los jóvenes (y a veces no tan jóvenes). Es cierto que en la ciudad de Buenos Aires el movimiento no fue para nada intenso en los primeros tramos de la dictadura. Una concentración católica que tuvo lugar frente a la catedral porteña en octubre de 1976, con la excusa de celebrar la culminación de la “cruzada de oración en familia”, no logró reunir las multitudes que el arzobispo Aramburu esperaba²⁸. La Plaza de Mayo quedaría reservada sólo para las manifestaciones de los scouts católicos, que no hicieron sino reforzar la reinante atmósfera castrense. Ni siquiera la tradicional fiesta de Corpus Christi tuvo gran vuelo en los primeros años de la dictadura.

En cambio, en el interior del país, las ciudades verificaron mayor movimiento. Distintas ciudades del país de tamaño mediano como Mar del Plata, Santiago del Estero, Santa Fe, Viedma, Venado Tuerto o distintas localidades del Gran Buenos Aires fueron testigo de importantes movilizaciones católicas. Los festivales terminaban tarde por la noche y a veces solían tomar la calle, como ocurrió en Santa Fe cuando se llevó a cabo una marcha de villancicos, luego de la clausura del festival provincial de la canción navideña²⁹. Las funciones religiosas nocturnas en la vía pública se hicieron frecuentes

²⁷ En general, esas fundaciones se habían retardado desde 1955 a la espera de recursos y alumnos. Pero a mediados de la década de 1970, se aceleró su crecimiento: se establecieron los seminarios faltantes en todas las diócesis y se incrementó notablemente el número de alumnos, tanto en viejas como en nuevas diócesis del interior y del Gran Buenos Aires. Fue un fenómeno generalizado que aparece claramente reflejado en el *Boletín AICA* de 1977 en adelante.

²⁸ *Boletín AICA*, 28 de octubre de 1976 y ss.

²⁹ *Boletín AICA*, 22 de diciembre de 1977.

en la década de 1970 —la primavera solía ser la época del año favorita para este tipo de acontecimientos—. A veces la ceremonia nocturna se completaba con una procesión de antorchas que constituía un espectáculo atractivo para el transeúnte más desprevenido; un cortejo de coches que formaba en caravana solía secundar la marcha³⁰. Otras, en cambio, los jóvenes pasaban la noche en vela, en su marcha hacia algún santuario de importancia: la noche en vela o la procesión nocturna eran parte corriente de muchas peregrinaciones y fiestas religiosas de la década de 1970. Los jóvenes cantaban muy variadas canciones para matizar la espera, hacer frente a las bajas temperaturas nocturnas y mantener vivo el entusiasmo. Por ejemplo, en Pentecostés, en Mar del Plata, solían realizar una vigilia que culminaba en la madrugada con una misa y procesión por calles céntricas³¹. Por más esfuerzos que hicieran las jerarquías eclesiásticas por limitar el uso de la guitarra en las celebraciones religiosas y los ritmos populares como la zamba y la baguala, en la práctica las guitarreadas se dejaban oír invariablemente en cada una de estas procesiones nocturnas. Fue así que en 1979 el Instituto de Música Sacra, dependiente del arzobispado de Buenos Aires, debió resignarse ante los hechos consumados y se ocupó de organizar cursos de guitarra con vistas a ser utilizada en las “misas de la juventud” que solían celebrarse en diversas parroquias de la ciudad³².

A partir de 1978, este movimiento se intensificó a la luz del Campeonato Mundial de Fútbol. A fines de ese año, el *Boletín AICA* registraba que “en estos últimos tiempos el país está asistiendo a una sucesión de grandes manifestaciones católicas de carácter multitudinario que en cierta forma indican un *renacimiento religioso popular*, en especial alrededor de la devoción a la Virgen”³³. Incluso las peregrinaciones de la provincia de Jujuy, por lo general modestas, comenzaron a descollar por la gran cantidad de jóvenes que asistieron y sumaron más de cien mil personas³⁴. Fue en este contexto que la Capital Federal recobró su vida religiosa más activamente, comenzando por algunos centros de peregrinación ubicados en los márgenes de la ciudad: así el caso del de Nuestra Señora de Pompeya o el de la Medalla Milagrosa, al que solía confluír mucha gente proveniente del Gran Buenos Aires³⁵. Recién en 1980 la Plaza de Mayo y sus alrededores se convirtió en el escenario de una concentración católica de

³⁰ *Boletín AICA*, 22 de diciembre de 1977.

³¹ *Boletín AICA*, 21 de junio de 1979.

³² *Boletín AICA*, 15 de febrero de 1979.

³³ *Boletín AICA*, 7 de diciembre de 1978.

³⁴ *Boletín AICA*, 13 de noviembre de 1980.

³⁵ La peregrinación a Pompeya comenzó a realizarse en 1978 con periodicidad anual. La de la Medalla Milagrosa data de 1979.

envergadura cuando se celebró con un impulso novedoso la fiesta de Corpus Christi. La procesión que circuló por la Avenida de Mayo culminó ante la catedral, en una movilización de masas que quedó reflejada en los grandes diarios porteños: una vez más, las multitudes católicas volvían a aparecer en los matutinos³⁶. La latente amenaza de guerra con Chile y la expectativa de una exitosa mediación papal sirvieron de excusa para engrosar la movilización.

En este contexto, a fines de 1979, el episcopado declaró la celebración de un año Mariano y con ello el movimiento católico se intensificó: imágenes de la Virgen de Luján fueron llevadas en procesión a distintas localidades, algunas cercanas y otras no tanto. En Avellaneda, la imagen de María fue transportada en un helicóptero de las Fuerzas Armadas, lo cual constituyó un enorme atractivo para que esa fiesta religiosa verificara importante público; además, la Fuerza Aérea hizo una demostración de vuelo que despertó el aplauso de la concurrencia —algo similar ocurriría también en una importante procesión de San Justo cuya cercanía con la base militar de Morón permitió la exhibición de destrezas de aviones militares, que se desplegaron en el aire en forma de cruz—³⁷. **La religión se convertía en espectáculo de masas.**

En el marco del año mariano, los santuarios dedicados a la Virgen se colmaron de gente que, crecientemente, salía en procesión. Fue entonces cuando la tradicional procesión a pie a Luján alcanzó su clímax: trepó hasta los 800000 asistentes, según las estimaciones de *Clarín*³⁸. Y se celebraron, además, congresos marianos diocesanos que reunían multitudes en distintas ciudades, desde Tucumán hasta Viedma. Fue en este contexto, que la Acción Católica, por su parte, decidió reflatar la vieja consigna de “Cristo Rey” e inició campañas y encuentros en su nombre³⁹.

Sin embargo, las viejas consignas no concitaron interés. No fue con consignas anquilosadas que se llevó a cabo la organización del Congreso Mariano Nacional celebrado en la ciudad de Mendoza en octubre de 1980. Se lo preparó con la misma minuciosidad con que antaño se había organizado el célebre Congreso de 1934: se planificaron los más mínimos detalles, desde las plazas que existían disponibles para alojamientos de distintas calidades (desde los hoteles de primera categoría hasta los campings para los jóvenes) hasta los medios de transporte disponibles. Se hicieron afiches y autoadhesivos para promocionar el evento; se programó su difusión por los

³⁶ *Clarín*, 8 de junio de 1980.

³⁷ *Boletín AICA*, 14 de junio y 22 de noviembre de 1979.

³⁸ *Clarín*, 7 de octubre de 1979, pp. 32-33; 8 de octubre de 1980, pp. 26-27.

³⁹ *Boletín AICA*, 8 de noviembre de 1979.

medios de comunicación. Se hicieron colectas y se editó un boletín con las novedades organizativas. La liturgia mereció una atención especial por parte de los organizadores: se publicó un cantoral litúrgico que sería utilizado en el marco del Congreso, que estaba acompañado por dos casetes que reunían los más de 70 cánticos programados⁴⁰. Desde ya, el común de los asistentes no compró este material ni se aprendió los cánticos de memoria pero ello no fue óbice para que se sumaran a los coros: en realidad, sólo bastaba con seguir puntualmente la letra de los cantos que aparecía impresa en unos carteles luminosos que se utilizaron para guiar la celebración. En los carteles se imprimían leyendas tales como: “Cantemos todos con entusiasmo”, “Respondamos a la palabra de Dios”, “Ordenadamente esperamos la comunión”⁴¹.

Cabe destacar que los carteles luminosos que sirvieron para guiar las oraciones y cánticos fueron los mismos que se habían utilizado en 1978 en ocasión del Campeonato Mundial de Fútbol de 1978 en el estadio mundialista de Mendoza. No es casual esta coincidencia: de hecho fue el gran evento de 1978 el que inspiró la celebración del Congreso de 1980, con el propósito de reeditar la gran “fiesta de todos”. El secretario de la comisión que preparó el congreso religioso lo expresaría en estos términos:

En la Argentina hace falta algo que sea capaz de unirnos, de hacernos sentir, más allá de todo lo que nos separa o diferencia, hijos o hermanos. El Mundial '78 lo logró por unas semanas. ¿Y después...? Hace falta alguien que pueda unirnos en lo profundo, en los valores, en una común concepción de la vida, en un estilo propio. Yo creo que ese alguien será la Virgen María en ocasión del CMN '80⁴².

La comparación con el fútbol estuvo presente en la mente de los organizadores. Véase cómo se organizó la asistencia de los católicos de cada diócesis, a la manera de los simpatizantes de los equipos de fútbol:

Cada diócesis deberá traer un cartel desplegable en tela de no más de 2 metros de largo por 60 cm de ancho, enrollable donde figure [...] el nombre de la diócesis y provincia y luego el lema mariano de la diócesis. Estos carteles servirán para identificarse en las tribunas del estadio y en la peregrinación. Cada delegado deberá [...] confeccionar banderolas rectangulares con puntas redondeadas de 0,60 por 0,20 montadas sobre un asta [...] Cada delegado deberá proveer una banderola cada 500 peregrinos [...] Servirán como elemento de ubicación en las playas de acceso al estadio [...] Se recomienda a los delegados prever que los peregrinos traigan banderas de papel argentinas y papales. Se recomienda también una radio cada 50

⁴⁰ *Boletín del Congreso Mariano Nacional* (en adelante, CMN), n. 5, mayo de 1980.

⁴¹ “Textos para el cartel electrónico”, caja 2, legajo 1, Congreso Mariano Nacional, Archivo personal de Monseñor José Luis Kaufmann (La Plata), quien fuera el titular del Departamento de Liturgia encargado de la organización del CMN. Le agradezco a Mons. Kaufmann el acceso a este material documental.

⁴² “El Congreso Mariano y el Mundial '78”, *Boletín del CMN*, n.2, 10 de abril de 1980.

peregrinos para seguir la peregrinación por radio. Queda a criterio de los delegados traer viseras con el nombre de la diócesis.⁴³

Como era frecuente cada vez que se organizaban congresos católicos nacionales, se celebró asimismo una serie de congresos diocesanos en distintas ciudades a lo largo de 1980, con la expectativa de promocionar el evento mendocino. El recurso de promoción más importante al que se apeló fue la organización de un festival artístico que tuvo lugar en el Luna Park. De gran participación de jóvenes que coreaban estribillos —en honor a la Virgen María, se supone—, el festival contó con la presencia de artistas, músicos, deportistas y dos locutores (Fernando Bravo y Nelly Raymond) que oficiaron de maestros de ceremonia. Sergio Denis, Palito Ortega, Julia Elena Dávalos y Vox Dei fueron los artistas más ovacionados; Ariel Ramírez, por su parte, presentó fragmentos de su *Misa Criolla* que había sido escogida para ocupar un lugar central en las celebraciones de Mendoza⁴⁴.

Las 50000 plazas de alojamiento disponibles en la ciudad de Mendoza se vieron colmadas. El estadio mundialista, que podía albergar hasta 200000 personas, sirvió de sede para la mayor parte de las reuniones; además de las misas celebradas en un altar mayúsculo erigido en el centro del estadio, se prepararon exhibiciones gimnásticas de jóvenes que formaban diversas figuras sobre el campo de deportes, tales como el propio logo del Congreso (CMN'80). Las exhibiciones gimnásticas fueron una de las atracciones más aplaudidas. El público las vivaba y gritaba “Argentina, Argentina” y las ovaciones se extendieron incluso al presidente de facto Videla, que viajó a Mendoza para el acto de clausura. El Congreso contó además con importantes procesiones, una de ellas de carácter nocturno; hubo veladas folklóricas y también se pasaron películas. Pero lo más original fue sin duda la exhibición de un Auto sacramental que fue representado en el anfiteatro Griego de Mendoza, ubicado al pie de la precordillera, donde se desarrolló además un espectáculo de luces y sonido, con un vasto despliegue de fuegos artificiales que relucían contra el fondo de las montañas⁴⁵. De este modo, estadio y espectáculo de masas se conjugaron para lograr que el Congreso resultara multitudinario; no hubo necesidad en este nuevo marco de reciclar las anticuadas consignas del integrismo católico de antaño.

⁴³ “Información complementaria”, 31 de agosto de 1980, caja 2, legajo 79, Congreso Mariano Nacional, Archivo personal de Monseñor José Luis Kaufmann.

⁴⁴ Sobre el festival, véase *Boletín del CMN*, N. 11, agosto de 1980; *Boletín AICA*, 18 de septiembre de 1980.

⁴⁵ Sobre las distintas actividades que se desarrollaron en el marco del Congreso, véase el *Boletín del CMN*. Una breve reseña en el *Boletín AICA*, 10 de julio, 9 de octubre y 16 de octubre de 1980.

Una vez en marcha el CMN, se hicieron frecuentes los encuentros religiosos en estadios de fútbol en distintos lugares del país: el de Vélez Sársfield en el barrio de Liniers sirvió de albergue para una conmemoración en honor a San Cayetano a la que concurrieron cerca de 7000 personas⁴⁶; en noviembre de 1979 una multitud asistió a una celebración mariana en el Club Deportivo de Morón⁴⁷; un acto mariano celebrado en la diócesis de San Martín se desarrolló en el estadio de Chacarita Juniors⁴⁸; el encuentro de jóvenes correspondiente al mes de la juventud de la diócesis de San Martín se celebró en el estadio del Club Estudiantes de Buenos Aires. Este último evento incluyó además de las ya tradicionales demostraciones gimnásticas que tanto éxito parecían concitar, una suelta de palomas blancas. Las asambleas federales de la Acción Católica se celebraron en los estadios de fútbol de la ciudad de Rosario, con una asistencia de 15000 personas que se identificaban portando las pancartas de los grupos parroquiales o diocesanos a los que pertenecían; algunos eran simples curiosos que ocasionalmente se sumaba a la celebración. Véase la reseña que publica AICA al respecto:

El sábado 2 tuvo efecto la gran manifestación de fe [...] que tuvo por escenario el estadio de Rosario Central, sobre el Río Paraná. Desde Alberdi y Avellaneda donde convergieron poco después del mediodía grupos numerosos de jóvenes partió una gruesa columna de manifestantes de no menos de quince cuerdas, sin contar el público, que desde las aceras, los balcones y terrazas aplaudían a los manifestantes, absortos en sus oraciones y cánticos a la Virgen [...] Alternaban con la severidad ritual estribillos y vivas de los jóvenes cuyas disímiles vestimentas conforman un abigarrado y singular espectáculo.

El desplazamiento se hizo lento [...] Gritos, cánticos, estribillos, flamear de banderas, estridencia de pitos y cadencia de bombos y matracas fueron el denominador común [...] Pasadas las 22, partió una gigantesca manifestación de antorchas que se desplazó por Boulevard Oroño hasta Pellegrini [...] Nuevamente la gran masa de jóvenes puso su nota particular en esta ciudad mediante oraciones, cánticos y estribillos

En la clausura más de 25 mil personas ocuparon las tribunas del estadio de Newell's.⁴⁹

También la procesión de Corpus Christi de 1981 celebrada en pleno centro de Buenos Aires fue testigo de movilizaciones de pareja envergadura. No es casual que en 1981 la Conferencia Episcopal declarara que la prioridad pastoral para el siguiente año debía concentrarse de lleno en la juventud y se dispuso a movilizarlos en masa como nunca antes⁵⁰. Mientras tanto, jóvenes de diversos colegios aguardaron en vela la Vigilia de Pentecostés para luego movilizarse al altar levantado en Avenida de

⁴⁶ *Boletín AICA*, 21 de agosto de 1980.

⁴⁷ *Boletín AICA*, 22 de noviembre de 1979.

⁴⁸ *Boletín AICA*, 6 de noviembre de 1980.

⁴⁹ *Boletín AICA*, 7 de mayo de 1981.

⁵⁰ *Boletín AICA*, 21 de mayo de 1981.

Mayo y 9 de Julio⁵¹. Las vigiliás se repitieron en otras fechas clave del calendario católico, tales como la Navidad o la fiesta de la Virgen. En las procesiones se cantaban cánticos que imitaban aunque sólo fuera en la métrica y en la rima a los que solían ser frecuentes en las manifestaciones políticas. En 1981, por ejemplo, en una peregrinación se coreaba: “Lo dice el Papa en cada ocasión / la fuerza del joven está en la oración” y “Con Cristo y María la Iglesia es alegría”⁵². Uno de los cánticos del CMN de 1980 había sido “Se siente, se siente, María está presente”⁵³.

El catolicismo reunía multitudes. Es cierto de todas formas que todo este movimiento se incrementó justamente en un momento en el cual el régimen comenzaba a mostrarse más blando, luego de que se pusiera en marcha “Multipartidaria”; de hecho pudo tolerar una gran movilización de masas cuando falleció Balbín en 1981. Pero la Iglesia Católica no pudo hacerse grandes ilusiones al respecto. La movilización de los jóvenes, lejos de conducir a nuevos y exitosos congresos religiosos, se encarriló con el correr del tiempo en un sentido diferente que excedía por completo al estrecho marco del universo católico: la guerra de Malvinas. En 1982 se detuvo súbitamente el impulso que el catolicismo había adquirido, en especial, desde 1978. Es cierto que tanto la Acción Católica como los diferentes obispados de todo el país se esforzaron por aportar su grado de arena a la mayúscula movilización “patriótica” que la guerra puso en movimiento, pero todos sus esfuerzos resultaban por completo inadvertidos ante las grandes campañas de solidaridad emprendidas ya sea por los medios de comunicación o bien gracias a la puesta en marcha de festivales de “rock nacional”. La guerra movilizó fuertemente a la sociedad argentina y activó nuevas e intensas formas de solidaridad que dejaron a la Iglesia en un verdadero segundo plano; todo lo que la Iglesia intentara era poco ante la ebullición reinante⁵⁴. Fue así que las movilizaciones católicas de los años de la dictadura terminaron por pasar al olvido: ante la intensa movilización bélica, cualquier peregrinación o congreso católico —por más grande que fuera— parecía un verdadero juego de niños. Ello contribuyó a convertir en un dato de sentido común la idea de que en los tiempos de la dictadura no había habido masas en movimiento.

⁵¹ *Boletín AICA*, 11 de junio de 1981.

⁵² *Boletín AICA*, 1 de octubre de 1981.

⁵³ Acto de recepción de la Virgen de Luján, Legajo 133, Congreso Mariano Nacional, Archivo personal de Monseñor José Luis Kaufmann.

⁵⁴ Acerca de la significación de Malvinas, Federico Lorenz, *Las guerras por Malvinas*, Buenos Aires, Edhasa, 2006.